

SEIS TÍTULOS PROBLEMÁTICOS ATRIBUIDOS A VARRÓN

M^a Luisa AGUILAR GARCÍA*

Varrón de Reate era ya considerado en época antigua uno de los escritores romanos más prolíficos. La pérdida de prácticamente toda su producción no permite confirmar ni el número ni el contenido de sus obras, de las que en muchos casos solamente hemos conservado algunos títulos. O menos que eso: más bien vagas referencias descriptivas del contenido que a veces, como en los seis casos aquí estudiados, pueden haber sido erróneamente considerados verdaderos títulos por la tradición.

Palabras clave: Varrón, Roma, Literatura, títulos.

Six Problematic Literary Titles Attributed to Varro

In ancient times, Varro of Reate was already considered one of the most prolific of Roman writers. However, the loss of nearly all of his work makes it impossible to confirm either the quantity or the content of his pieces. Only a number of titles have survived or, in some cases, rather vague descriptive references to their contents that, as in the six examples studied here, may have been erroneously considered to be true titles by the academic tradition.

Keywords: Varro, Rome, Literature, titles.

Introducción

El estudioso de la literatura latina ha leído con frecuencia la prolífica retórica de calificativos que se asocian a la figura de Marco Terencio Varrón y que ilustran gráficamente la fecundidad

* I.E.S. El Puig de Santa María.

Correspondencia: Avda. de l'Institut, s/n. 46540 El Puig (Valencia), España.

e-mail: mlaguilargarcia@gmail.com

del autor: Cicerón, por ejemplo, se refiere a él como πολυγραφώτατος (*Att.* 13,18,1), Plutarco prefiere βιβλιακώτατος (*Rom.* 12), Dionisio de Halicarnaso πολυπειρώτατος (*Rom.* 11,21), frente a los πολυμαθήστατος (ROCHÈTE 1998: 1) y διδασκαλικώτατος (FLINTOFF 1976: 368) de Juan Lido; resultan ilustrativos al respecto los testimonios de Gelio (3,10,17), de quien sabemos que Varrón, ya octogenario, cifraba el total de sus libros en casi quinientos ejemplares, o San Agustín (*ciu.* 6,2), quien señala con admiración que Varrón leyó tanto que parece imposible que pudiera escribir tantos libros, y escribió tanto que difícilmente alguien sería capaz de leerlo íntegramente.

Tal profusión de epítetos pudo verse confirmada a partir de 1847 con el descubrimiento en Francia —en Arras y París, concretamente— de los códices manuscritos que revelaban el catálogo de las obras de Varrón elaborado en su día por el santo Jerónimo con la intención de ensalzar por comparación con los antiguos a los autores cristianos y en concreto a Orígenes. Lejos de profundizar ahora en el espinoso asunto de la autoría de este catálogo —San Jerónimo, en efecto, reconoce haber “copiado” la información transmitida, lo que nos llevaría a postular autores intermedios de los que aquel habría tomado sus noticias, tal vez Donato o, en última instancia, Suetonio—, es nuestra intención abordar de forma crítica el tratamiento de la información que recopilara en su día el padre de la Iglesia y de la que se ha derivado como dato casi indiscutible en el ámbito filológico que Varrón escribiera más de seiscientos volúmenes, una información que leemos a menudo en los manuales de literatura o ediciones del autor, pero que parece ser un dato poco contrastado con las fuentes antiguas. Pues pocos son en verdad los autores que han explorado en profundidad el elenco de las obras de Varrón y han acometido la tarea de ordenarlo, modificarlo, inventariarlo. Existe, por tanto, a nuestro parecer, una necesidad apremiante de selección e inventariado, clasificación y descripción de muchos títulos que la tradición literaria ha asignado a Marco Terencio Varrón y que implicaría no sólo el inventario de los títulos atribuidos al autor, sino la distinción entre títulos, denominaciones y referencias diversas a sus obras y, por último, el esclarecimiento y explicación, cuando sea posible, del significado, uso y características lingüísticas y estilísticas, caso de darse, de los distintos títulos.

Así pues, cada título de Varrón constituye un objeto de estudio individual que, en nuestro caso, ha sido abordado mediante un esquema constante y consistente, primero, en recoger los testimonios en que este ha sido registrado, ordenados por antigüedad: existen, en efecto, numerosas obras de Varrón de las que no conservamos testimonio directo alguno, y cuya existencia no puede aprobarse sin recurrir a las fuentes primarias que hablan de ella, analizar el entorno de estas y el contexto en el que se ha transmitido la información y situar la noticia en la trama de la obra varroniana y el bosque de la literatura antigua, sin llevar a cabo, en definitiva, un análisis objetivo del *qué*, el *cómo*, el *cuándo*, el *quién* (BALLESTER 1987: 326) de la noticia bibliográfica en sí misma. El «escrutinio particular, casi microscópico» (VELAZA 1998: 260) de cada una de estas alusiones resulta ineludible en la obra casi totalmente fragmentaria de Varrón.

A continuación hemos procedido al aislamiento, distinción y aceptación del *título*, *titulación* o *denominación*, en lo que tendremos en cuenta como criterios orientativos (BALLESTER 1990: 137–141) la unanimidad de las fuentes y, en caso de no existir, la «fidelidad y legitimidad testimonial», esto es, daremos preponderancia a los criterios de antigüedad y propiedad de las fuentes, prevaleciendo aquellas endógenas, los testimonios del propio autor, las fuentes directas o no dependientes, de autores técnicos tales como gramáticos, indispensables en la transmisión de la obra de Varrón, aquellas con algún tinte subjetivo, complejas y que no sean reducibles a una mera paráfrasis o sumario del contenido, distinción fundamental en el caso de nuestro autor, y que sean, finalmente, apropiados y coherentes con las condiciones concretas de la obra y el autor. Tratándose de denominaciones, por el contrario, es decir, de títulos supuestamente no originales, sino formas en las que la obra ha sido tradicionalmente —incluso ya en época muy antigua— conocida, trataremos de dilucidar la procedencia de aquellas, y la relación finalmente entre título y denominación, y obra y denominación (BALLESTER 1990: 143–5). Las características concretas de cada título, lingüísticas y estilísticas sobre todo, cerrarán nuestro estudio particular en cada caso. Pero el estudio individualizado de cada título constituye además un eslabón imprescindible de

la cadena que nos ayuda a reconstruir la tendencia varroniana en la imposición de títulos a lo largo de su producción, a discernir mediante el criterio comparativo lo ‘propio’ de nuestro autor en la titulación de sus obras, a seleccionar finalmente lo que creemos que puede considerarse “un título de una obra de Varrón” frente a meras indicaciones, conmemoraciones o reformulaciones de temas y argumentos tratados por este.

Parecen darse, en efecto, no pocas fluctuaciones en la información en las titulaciones de las obras de Varrón transmitidas en el testimonio de Jerónimo y que consideramos no sólo imputables a cierta negligencia o tratamiento impreciso de los datos por parte de este, sino también a la complejidad de la cuestión en sí. En la elaboración del catálogo, en efecto, las fuentes intrínsecas, es decir, el uso de materiales del propio Varrón, habrían tenido un papel no poco importante, pero no parece definitivo poder afirmar que el catálogo mismo de las obras se hallara en el seno de alguna de ellas —sí lo creen, sin embargo, RITSCHL (1877: 491) y KLOTZ (1911: 2). Por lo tanto, al no hallarse en Varrón catálogo alguno de sus obras nacido de su propia pluma, el autor del catálogo se vería obligado a acometer una labor de documentación más compleja, basada en el escrutinio de las diversas fuentes que mencionaran alguna noticia de las obras de Varrón, y en la que la distinción entre *ratio citandi* —denominación o modo de apelar a una u otra obra— y *ratio inscribendi* —transmisión del título exacto—, en palabras de REIFFERS-CHEID (1859: 369), no aparecería siempre tan evidente.



La tradición literaria latina confirma que una de las formas más habituales de titulación de las obras latinas es el sintagma, fórmula descriptiva del argumento del libro, que encabeza la preposición latina *de*. Pues bien, el correcto aislamiento y distinción de los títulos de Varrón, que constituye nuestro objetivo principal, se verá implicado por dos constantes de su obra: primero, la inexistente distinción de la citada fórmula de titulación de una obra de aquella empleada para la consta-

tación, anticipación o conmemoración de un argumento; segundo, la naturaleza investigadora de Varrón y su perseverante minuciosidad a la hora de definir, retomar o avanzar contenidos tratados o por tratar en el contexto de la propia obra (TRAGLIA 1962: 45), *more* casi *geometrico*, señalan BRINK (1962: 31), GARZETTI (1976: 106) y MATHEEUSEN (1976: 434). Sistematización y división en compartimentos diferenciados, coherencia interna y procedimiento analógico son sellos característicos de la investigación del autor romano nacido en Reate, apostilla BAIER (2001: 2–3). SÁNCHEZ (2013: 97), finalmente, entiende esta voluntad varroniana de ordenamiento y comunicación de la materia susceptible de ser expuesta como «criterios de organización» y distingue en ellos entre «débiles» y «fuertes», a los que pertenecerían precisamente estas formas de “presentación o recordatorio de materia” que creemos que pueden haberse confundido con verdaderas titulaciones en la tradición literaria de Varrón. Mediante ellos, en efecto, solían ser asignados los argumentos de cada libro de que se componía una obra o se determinaba el orden de exposición del material —así en el *De lingua Latina* (SÁNCHEZ 2013: 98)— pero no se trataba en ningún caso de titulaciones específicas o particulares.

A esta condición en el estudio de los títulos de Varrón hemos de añadir dos supuestos, en el seno de la obra de varroniana y en la interpretación de esta entre las fuentes: primero, que resulta esperable que esta discriminación constante en la disposición de la materia tienda a generalizarse en aquellas obras que tienen su centro de interés en la divulgación de algún saber o materia particular; segundo, que la consiguiente indiferenciación de títulos y argumentos aconteciera no sólo en el seno del propio autor, sino que se trasladara a otras fuentes que empleara el autor del catálogo, pues no todas las obras de Varrón estarían ya en sus manos ni, lo que es más señalado, tampoco todas tendrían un título claro.

Transmite NACHMANSON (1941: 43) algunas de las fórmulas empleadas por Diógenes Laercio en su confección del catálogo de las obras de Aristóteles, muchos de cuyos trabajos le habrían llegado sin nombre. Entre ellas destaca la indicación del comienzo de la obra por parte del biógrafo, así como la indicación del principal argumento. El ejemplo

de Diógenes puede indicar que el debate y la disquisición acerca de la denominación precisa o acertada de las obras —en nuestro caso, de Varrón— debió ser frecuente, cuando no constante, en el desarrollo del catálogo por parte de su autor; una discusión de la que San Jerónimo, interesado únicamente en demostrar la fecundidad de Orígenes mediante el ejemplo de Varrón, no sólo no se habría hecho eco, sino que habría omitido, lo que habría ocasionado en consecuencia la transmisión errada o imprecisa de algunas de las titulaciones. Un último ejemplo puede confirmar esta caprichosa y promiscua confusión de argumentos, alusiones, secciones y títulos: Policiano y otros autores del cuatrocientos consideraron como obras independientes los tratados *De lingua Latina* y *De analogia* —libros V, VI y VII del mismo tratado—, cuyo conocimiento les había llegado a través de un único códice —F— de titulación ambigua (SALVADORE 2001: 256).

El autor del catálogo, sin embargo, hizo manifiestos su celo y cuidado en la composición biográfica al configurar un catálogo en el que las obras de Varrón aparecen clasificadas en atención a criterios certeros tanto de relevancia como de similitud de argumento e intención. La estructura del catálogo es uno de sus aspectos más logrados, pero su perspicuidad no es atribuible a Jerónimo sino a la autoridad empleada por este. Esta labor de transferencia y recopilación compleja de datos, sin embargo, llega hasta nosotros desvirtuada y supeditada al propósito principal de Jerónimo que no es, al menos en este caso, ni la divulgación de alguna parte de la vastísima información transmitida otrora por Varrón, ni la apelación a su «sabio» juicio (WASZINK 1976: 211 y 221).

Por otra parte, y así lo reconoce el propio Jerónimo, el catálogo es transmitido de forma abreviada so pretexto de no aburrir a sus lectores —*uix medium descripsi, dice, et legentibus fastidiosum est*: qué aspectos tratara Jerónimo con menor diligencia, de forma compensada y a menudo simplificada, no parece, sin embargo, tan evidente. RITSCHL (1877: 485) y KLOTZ (1911: 6) fijan su atención en los títulos, cuya copia exacta y reproducción habría supuesto a Jerónimo una ardua tarea; HENDRICKSON (1911: 336), por su parte, subraya el número de volúmenes en que Jerónimo cifró la obra de Varrón. La elaboración del catálogo, sin embargo, parece haberse llevado a cabo de forma

aleatoria: algunos títulos, en efecto, parecen diluirse y ser agrupados bajo títulos de obras distintas, como señalaba KLOTZ (1911: 8), algo constatable en el caso de las *Antiquitates* o los *Logistorici*, cuyo número de volúmenes aparece aumentado respecto a otras fuentes antiguas, y de los *Libri singulares*, un *pseudo* título bajo el que Jerónimo habría agrupado diez obras distintas que constaran de un solo libro (RITSCHL 1877: 485). Esta agrupación podía responder a criterios de similitud de argumento, título o sencillamente proximidad física en el propio relato de Suetonio, pero nunca fue constante ni regular, como prueba el hecho de que obras tan próximas como *De scænicis actionibus* y *De actis scænicis* no sufrieran la misma agregación (HENDRICKSON 1911). De igual forma, Jerónimo parecía haber fijado su atención en las obras más voluminosas, aquellas que no constaran de menos de tres volúmenes, división en tres tomos que sería la favorita de Varrón, o al menos, la más frecuente (RITSCHL 1877: 485), una nueva forma de arbitrariedad.

Ofrecemos a continuación un elenco de títulos tradicionalmente atribuidos a Varrón que consideramos difícilmente verificables o erróneamente transmitidos como tales, al tratarse en realidad de meras denominaciones o alusiones a obras mayores del autor. Esta particular propuesta de *pseudo-títulos* se basa en el escrutinio no sólo del catálogo transmitido por Jerónimo sino también del llamado *catalogus auctus* o catálogo ampliado a partir de otros testimonios antiguos distintos de Jerónimo. En uno y otro caso nuestra postura se muestra moderada e inclinada siempre más a la inclusión que a la supresión de las obras tradicionalmente atribuidas a Varrón. Los casos particulares serán explicados en los apartados correspondientes a cada título, pero señalamos algunas condiciones que se deben tener en cuenta, además de los criterios orientativos ya antes señalados:

- A menudo el sentido común aconseja atender a la indicación del número de libros explicitada en la fuente transmisora, y que esta pueda corresponderse con un argumento más o menos amplio. Aunque el número de volúmenes es un dato susceptible de ser transmitido erróneamente o de ser mal interpretado consciente o inconscientemente, el que de un argumento concreto y parti-

cular, que puede pertenecer a una obra más amplia, se expliciten en la fuente varios volúmenes, induce a sospecha y puede resultar un indicio de que nos encontremos ante una denominación particular de una obra más amplia.

- Parece razonable atribuir mayor credibilidad a aquel título o denominación que aparezca con mayor frecuencia en las fuentes.
- La analogía con otros títulos del mismo autor es en ocasiones fuente de imprecisiones, como ocurre con el *De imaginibus* geliano para las *Hebdomades* de Varrón y cuya autenticidad es más que cuestionable, a pesar de que algunos filólogos actuales la han reproducido (FLINTOFF 1976: 368; SALLMANN 1976: 507; AX 2005:10). En cuanto a la obra de Gelio y la fidelidad de sus citas, tendremos en cuenta las palabras de VELAZA (1998: 265 y 266) que advierten de la disonancia de estas en cuanto a origen y grado de conocimiento por parte de Gelio y, en segundo lugar, el carácter eminentemente literario y menos científico de su obra.

i. Imagines

Los testimonios acerca de esta obra —sean cuales sean las denominaciones empleadas, pues fueron estas varias y diversas, utilizadas empero con igual frecuencia y valor— pueden hallarse por orden cronológico en la obra de Cicerón (*Att.* 16,11,3): *πεπλογραφίαν Varronis tibi probari non moleste fero*, y en la de Plinio (*nat.* 35,11,1): *imaginum amore flagrasse quondam testes sunt Atticus ille Ciceronis edito de iis uolumine, M. Varro benignissimo inuento insertis uoluminum suorum fecunditati etiam septingentorum inlustrium aliquo modo imaginibus, non passus intercidere figuras aut uetustatem æui contra homines ualere, inuentor muneris etiam dis inuidiosi, quando immortalitatem non solum dedit uerum etiam in omnes terras misit, ut præsentis ubique ceu di possent*.

Entre los autores posteriores, la obra es citada muy a menudo por Gelio: *M. Varro in primo librorum qui inscribitur hebdomades uel de imaginibus, septenarii numeri, quem Græce hebdomade appellant, uirtutes potestatesque multas uariasque dicit* (3,10,1); *M. autem Varro in primo*

de imaginibus *uter prius sit natus parum constare dicit* (3,11,1); *M. Varro in libro de imaginibus primo Homeri imagini epigramma hoc apposuit* (3,11,7); más escasamente por Nonio (145,4 LINDSAY): *lucis numero plurale quod sunt dies. Varro hebdomadum sub imagine Demetri, y Carisio* (1,147 KEIL): *Varro hebdomadon nono*; y rara vez por Símaco (*ep. 1,1,2 apud DAHLMANN 1935: 1227*): *scis [...] Terentium [...] hebdomadorum libros epigrammatum tum adiectione condisse*, y Ausonio (*Mos. 306*): *forsan et insignes hominumque operumque labores hic habuit decimo celebrata uolumine Marcei hebdomas*. Se han de añadir a estas finalmente las menciones de Jerónimo en el catálogo: *Scriptis igitur Varro [...] imaginum XV* (CHAPPUIS 1856: 120) y, si cabe, por ilustrar algo más detalladamente la naturaleza de la obra que nos ocupa, el siguiente fragmento de Nepote referido a la obra de Ático (*Att. 18,5*): *uersibus de iis qui honore rerumque gestarum amplitudine ceteros Romani populi præstiterunt exposuit ita ut sub singulorum imaginibus facta magistratusque eorum non amplius quaternis quinisque uersibus descripserit*.

Entre los citados fragmentos, en efecto, figuran hasta cuatro distintos nombres para esta obra de Varrón, esto es, Πεπλογραφία, *Imagines*, *Hebdomades*, *De imaginibus*, y en esto precisamente consistirá nuestra labor, en discernir el título o títulos propios de esta obra de otras denominaciones acuñadas por el uso, la fama o la tradición; en cuanto al título o títulos, en definir estos mediante criterios coherentes y que puedan remitirse a una cierta tendencia de Varrón en la imposición de sus títulos, y en cuanto a las denominaciones posibles, en rastrear su origen y desvelar su porqué.

Entre tanta diversidad de nombres merecen, en efecto, un atento análisis las fuentes transmisoras, pues el perfil de estas suele ser variado, como variado es también el grado de fiabilidad que pueda atribuirseles. Gelio es, por su parte, garante de al menos dos de las denominaciones tradicionalmente atribuidas a esta obra, en concreto *De imaginibus* y *Hebdomades*. A *Hebdomades* se refieren también Nonio, *Hebdomadum libri*, y Carisio con *Hebdomadon*, si bien aquel prefiere el término latinizado frente al griego del gramático; finalmente Símaco y Ausonio transmiten dos diversas denominaciones, ambas latinas, así *Hebdomadum* et *Hebdomadas*.

De imaginibus, como se deduce de los testimonios arriba destacados, no es transmitido sino por Gelio, cuyo cuidado y esmero, incluso constancia (MERCKLIN 1858: 567) en la transmisión de noticias antiguas, que es a menudo digna de elogio, parece tambalearse en este caso, ser menos fiable e incluso haber inducido a error a este que, a pesar de haber manejado la obra con sus propias manos —en el capítulo trece de sus *Noches Áticas*, párrafos 1 a 17, alude a menudo a las palabras de Varrón empleando con asiduidad giros como *inquit*, *ait*, *dicit* que parecen indicar que Gelio estuviera leyendo la obra de Varrón a la par que escribía, repitiendo las palabras de este casi *ad litteram*—, parece basarse en la titulación de otras obras varronianas por él conocidas y llevar a cabo una especie de homogeneización de los títulos basada en la analogía y la costumbre y tendencias generales. Gelio, en efecto, transmisor de los títulos de Varrón *De officio mariti*, *De salute* o *De lingua Latina*, parece tomar como modelo y adecuar a estos las *Imagines* varronianas transmitiendo por error su *De imaginibus*.

Sin embargo, una denominación como *De imaginibus* resultaría poco congruente y hasta cierto punto incompatible con el objeto y razón de ser de la obra que nos ocupa, pues no es intención de Varrón llevar a cabo una investigación, más o menos descriptiva, sobre algunos aspectos del arte pictórico romano ni trazar una disertación al respecto —condición que, al menos en el seno de la obra varroniana, suele asociarse a los títulos anunciados mediante la preposición *de*—, sino perfilar con su discurso las vidas de algunas personalidades ilustres romanas (DAHLMANN 1935: 1227).

Descartado, por tanto, un título como *De imaginibus*, hemos de considerar el análogo *Imagines*, cuyo origen y razón de ser fueron desvelados con acierto por DAHLMANN (1935: 1229), quien subrayó la peculiaridad de esta obra, esto es, el hecho de que las vidas trazadas y recogidas por Varrón se ilustraban, además de con un breve epigrama —conocemos, mediante el testimonio de Gelio, el de Homero (3,11,7), y por Nonio el de Demetrio (145,4 LINDSAY)—, con una pequeña imagen o busto de cada una de las personalidades descritas —tal y como ilustra el siguiente testimonio de Nonio: *Varro Hebdomadum sub imagine Demetri* (Nonio 145,4 LINDSAY).

Esta peculiar característica, poco frecuente en las biografías romanas, podría explicar de forma satisfactoria el que la obra fuera intitulada como *Imagines* (NISARD 1851: 56): pues non son pocas las obras antiguas que toman su nombre o bien de alguna singularidad de la misma, que pudiera parecer poco significativa, o de alguna parte que apenas pudiera parecer relevante o digna de mención en relación con el objeto de la obra en sí —criterio de titulación al que parecen obedecer nombres como los *Monobiblos* de Propercio, la *Vulgata* de Jerónimo, los *Carmina* catulianos etc. (BALLESTER 1991: 145). El siguiente testimonio de Plinio puede ilustrar esta idea (*ep.* 4,14,8–9): *unum illud prædicendum uidetur, cogitare me has meas nugas ita inscribere hendecasyllabi qui titulus sola metri lege constringitur*.

Podría, por lo tanto, un título como *Imagines* gozar de cierto crédito por estar basado en una característica de la obra no sólo contrastada sino elogiada entre las fuentes transmisoras. Respondería, además, tanto al propósito último del autor como al argumento de la obra, y no discreparía del estilo y ornato que Varrón trató de lograr en algunas de sus titulaciones, especialmente en las de aquellas obras promovidas por intereses más literarios que didácticos, tratando de condensar en un único término la esencia de la obra, llenando su título de fuerza y haciendo de este una suerte de bandera o farol visible para el espectador más lejano. Sabemos, por los testimonios antiguos, que las *imagines* o *effigies maiorum* solían adornar los atrios de las casas nobles (Cic. *Sull.* 88,8), pero es también *imago* una suerte de sombra o espectro del difunto —*Aspicite, o ciues, senis Enni imaginis formam* (Cic. *Tusc.* 1,34); *Vixi, et quem dederat cursum fortuna, peregi/ et nunc magna mei sub terra ibit imago* (Verg. *Æn.* 4,653–4)—, de donde pudo obtener Varrón su inspiración para la titulación de esta obra, puesto que reconstruía la *imagen* de los ilustres difuntos (LEHMANN 1997: 14).

Junto a *Imagines*, sin embargo, se nos ha transmitido el título *Hebdomades* y no de forma puntual o anecdótica, sino avalado por cinco fragmentos recogidos en las fuentes antiguas, si bien consta entre ellos alguna fluctuación respecto a la lengua empleada en su transmisión: *Hebdomadum libri*, *Hebdomadon* o *Hebdomadas*. Es necesario, por tanto, un estudio que revele la razón de ser este título y que concluya si

podría o no ser considerado el título propio y verdadero de la obra que nos ocupa, esto es, su grado de adecuación a las motivaciones del autor y su tendencia estilística en la titulación de este tipo de obras.

Del testimonio de Gelio (3,10,1–16), en efecto, se desprende que Varro quiso destacar y divulgar en esta obra la eximia presencia, el poderío y superioridad de los números septenarios, esto es, los múltiplos de siete, atribuciones que pudo aprender de la escuela pitagorea (DAHLMANN 1935: 1228; DELLA CORTE 1970: 247): *M. Varro in primo librorum, qui inscribuntur hebdomades uel de imaginibus, septenarii numeri, quem Græce hebdomada appellant, uirtutes potestatesque multas uariasque dicit. “Is namque numerus” inquit “septentriones maiores minoresque in cælo facit, item uergilias, quas pleiadas Græci uocant, facit etiam stellas, quas alii erraticas, P. Nigidius erroneas appellat”. Circulos quoque ait in cælo circum longitudinem axis septem esse [...] Ac neque ipse zodiacus septenario numero caret; nam in septimo signo fit solstitium a bruma, in septimo bruma a solstitio, in septimo æquinoctium ab æquinoctio. Dies deinde illos, quibus alcyones hieme anni in aqua nidulantur, eos quoque septem esse dicit. Præterea scribit lunæ curriculum confici integris quater septenis diebus [...] Ad homines quoque nascendos uim numeri istius porrigi pertinereque ait: “Nam cum in uterum” inquit “mulieris genitale semen datum est, primis septem diebus conglobatur coagulaturque fitque ad capiendam figuram idoneum. Post deinde quarta hebdomade, quod eius uirile secus futurum est, caput et spina, quæ est in dorso, informatur. Septima autem fere hebdomade, id est nono et quadragésimo die, totus” inquit “homo in utero absoluitur”. Illam quoque uim numeri huius obseruatam refert, quod ante mensem septimum neque mas neque femina salubriter ac secundum naturam nasci potest et quod hi, qui iustissime in utero sunt, post ducentos septuaginta tres dies, postquam sunt concepti, quadragésima denique hebdomade inita nascuntur. Pericula quoque uitæ fortunarumque hominum, quæ **climacteras** Chaldæi appellant, grauissimos quosque feri affirmat septenarios. Præter hoc modum esse dicit summum adolescendi humani corporis septem pedes [...] Dentes quoque et in septem mensibus primis et septenos ex utraque parte gigni ait et cadere annis septimis et genuinos adnasci annis fere bis septenis. Venas etiam in hominibus uel potius arterias medicos musicos dicere ait numero moueri septenario, quod ipsi*

*appellant τήν διὰ τήσσαιον συμφονίαν, quæ fit in collatione quaternarii numeri. Discrimina etiam periculorum in morbis maiore ui feri putat in diebus, qui confitiuntur ex numero septenario, eosque dies omnium maxime, ita ut medici appellant, **ἑβδομάς** uideri: primam hebdomadam et secundam et tertiam. Neque non id etiam sumit ad uim facultatesque eius numeri augendas, quod, quibus inedia mori consilium est, septimo demum die mortem oppetunt. Hæc Varro de numero septenario scripsit admodum conquisite. Sed alia quoque ibidem congerit frigidiuscula: ueluti septem opera esse in orbe terræ miranda et sapientes item ueteres septem fuisse et curricula ludorum circensium sollemnia septem esse et ad oppugnandas Thebas duces septem delectos.*

Este testimonio resulta claro a la hora de dilucidar el origen de la inscripción *Hebdomades*: así lo señala MERCKLIN (1858: 473), para quien el título mismo del libro habría derivado de los grupos de *siete* imágenes que se disponían en cada uno de los capítulos. La misma opinión es corroborada por RITSCHL (1877: 510), para quien el nombre de *Hebdomades* de estos libros estaría justificado por el hecho de que las imágenes de ilustres personalidades que adornaban el libro no se hallarían dispuestas de forma promiscua o arbitraria, sino ordenadas por capítulos *de siete en siete*. En efecto el término griego ἑβδομάς no solo significa ‘siete’, sino que comprende en su significación un grupo cualquiera de siete elementos, siendo empleado con especial frecuencia en el ámbito temporal —para indicar, por ejemplo, ‘semana’ o ‘período de siete años’ (LIDDELL & SCOTT 1996: 466, s.u.)—, en este caso, sin embargo, indicando grupos de siete biografías de hombres ilustres o grupos de siete imágenes. Tal denominación, en efecto, sugiere una disposición de la obra compleja y estudiada: esta ha sido analizada con diligencia por MERCKLIN (1858: 462–3), SCHMIDT (1865: 298–9) y RITSCHL (1877: 536, 551), a quienes remitimos a los interesados en profundizar en el orden y disposición del material tratado en *Hebdomades*.

Pero volvamos a la esencia del nombre *Hebdomades*: era consustancial a los números septenarios, según leímos, cierta aura o energía, un valor en torno al cual quiso Varrón disponer toda su obra, dividiéndola en 15 volúmenes —según la recensión de SCHLEICHER (en RITSCHL 1877: 509)—, de los cuales los catorce primeros contendrían siete *heb-*

domades de biografías, es decir, cuarenta y nueve vidas en cada uno de los volúmenes, lo que sumaría un total de seiscientos ochenta y seis vidas; a estas se añadirían dos *hebdomades* de biografías, esto es catorce, contenidas en el primer volumen de la obra, que se considera una suerte de preámbulo o introducción. En definitiva estaríamos hablando de un cómputo global de setecientas biografías, un número también septenario.

15 volúmenes	
1 primer volumen x 2 hebdomades (14 vidas) = 14	14 volúmenes siguientes x 7 hebdomades (49 vidas) = 686
700 <i>Imagines</i>	

La creencia en las potestadas atribuidas al número siete y sus múltiplos condiciona, como hemos comprobado, la disposición general de la obra, y pudo también, retomando el asunto que nos interesa, restringir la titulación de la misma, creándose una simetría absoluta entre estructura, disposición y denominación de esta, tal y como advierten los estudiosos: *Tum in his maxime libris quibus a numerorum συμμετρία nomen inditum* (MERCKLIN 1858: 465; RITSCHL 1877: 564). Se trataría de una fórmula de inscripción ya empleada por Varrón en la titulación de otras obras, en las que partiendo de la forma, aspecto exterior o características externas del libro se impone uno u otro título —es, en efecto, el caso de las *Epistolicae quaestiones* de Varrón, que toman su nombre por estar redactadas bajo la apariencia de una carta, o de sus escritos *Menippeos*, titulados así puesto que la imitación formal de Menipo de Gádara en el empleo del prosímpro es un rasgo definitorio de estos.

Otro aspecto que puede resultar concluyente en la validación de una u otra titulación es la elección de la lengua de esta por parte del autor. Varrón, en efecto, emplea el griego en numerosas titulaciones, con implicaciones estilísticas o de concepto claras y en las que no podemos detenernos ahora (*vide* MALTBY 2001): en el caso de esta obra, los tes-

timonios fluctúan entre el latín *Hebdomadum* o *Hebdomadorum* —las oscilaciones entre el genitivo de la segunda y la tercera declinación son habituales y las hemos comprobado en otros libros varronianos como los *Poemata*, citados como *Poematum* o *Poematorum libri*—, y el griego *Hebdomadon libri* y *Hebdomas* de Carisio y Ausonio. Pero se trata, en efecto, de una voz griega que no parece haber proliferado tan frecuentemente en las letras latinas en tiempos de Varrón, de forma que no habría llegado a consolidar una declinación enteramente latina. Gelio, por ejemplo, transmite el término hasta en cinco ocasiones de las cuales cuatro son referidas a la obra de Varrón que nos ocupa (3,10,17; 3,10,7; 3,10,8; 3,10,15). Pero este parece aún más inusitado si nos remitimos a testimonios de épocas más tempranas: Cicerón, por ejemplo, registra esta voz una única vez (*fam.* 16,9,3: *ne in quartam hebdomada incidere*). La escasez de testimonios que acrediten el uso corriente del término y asimismo las oscilaciones en su declinación, que parecen fluctuar entre el uso griego de Cicerón y el latino de Gelio, no parecen ilustrar sino una percepción extranjera, foránea de esta voz que en tiempos de Varrón mantendría su naturaleza de *grecismo* o voz no vernácula sino importada del griego. Pero esta naturaleza *bárbara* del término no parece ser reconocida por HENRIKSSON (1856: 10), quien no incluyó esta peculiar titulación en su trabajo sobre los títulos griegos en la literatura latina; la naturaleza y origen griego del término son, sin embargo, evidentes e incuestionables más allá de las fluctuaciones o particulares adaptaciones de su declinación. La elección del griego en este título responde también, como señalábamos con anterioridad, a una cuestión estilística, pues su uso parece más reiterado en aquellas obras de Varrón que superan las fronteras de la didáctica y la utilidad común y presentan mayores intereses literarios: tal parece ser el caso de *Hebdomades* que, recordemos, se adornaban con breves epigramas e imágenes, elementos ambos que parecen postular cierta distinción, gracia estética y deleite de autor y lector.

Desgranadas las dos opciones de nombres que parecen más plausibles en la inscripción de esta obra, esto es, *Imagines* y *Hebdomades*, y dejando a un lado el posible πεπλογογραφία (léase abajo), resulta claro que uno y otro enunciado responderían no solo al propósito de la obra de

Varrón sino a su costumbre y tendencia en la titulación de sus obras. Que Varrón impusiera una doble titulación a su obra, esto es *Imagines siue Hebdomades*, parecería, sin embargo, más insólito: son escasos, en efecto, los títulos dobles en el ámbito de las letras latinas, advierte BALLESTER (1991: 147–8), especialmente cuando uno no resulta de la interpretación del otro o su explicación, como sería el caso de *Imagines siue Hebdomades*. Lo más coherente sería, en definitiva, que uno de ellos fuera el verdadero título impuesto por Varrón a su obra, siendo el otro una mera denominación o nombre transmitido por la tradición.

El hecho de haber ilustrado los distintos volúmenes con imágenes de las personalidades escogidas, como señalamos anteriormente, resultaba ciertamente novedoso en una obra biográfica (MERCKLIN 1858: 466), pero se trataba de una costumbre inveterada por lo que respecta a otras disciplinas como la geografía o la medicina (BRUNN 1858: 473). Una larga tradición precedería, asimismo, a un título como *Imagines*, si tomamos en consideración las obras de Crates de Malos Πίνακες o Nicostrato Εἰκόνες (ZILLIACUS 1938: 28). Este tipo de ornamento, señala BRUNN (1858: 474), era frecuente en la literatura alejandrina, donde, además, las bibliotecas, como las de Pérgamo o Alejandría, se adornaban con los bustos de aquellos cuyos libros habían sido depositados, una costumbre que parecen haber imitado los romanos con el tiempo, tal y como se desprende del testimonio de Plinio acerca de las bibliotecas instauradas por Asinio Polión, en las que figuró también la efigie de Varrón (Plin. nat. 7,30,115). El hecho de que Varrón, siguiendo esta costumbre, ilustrara sus libros con imágenes, fue sin duda un rasgo que causaría cierta admiración entre los lectores de la obra, y pudo convertirse en una característica digna de mención y recuerdo entre los contemporáneos de Varrón y las siguientes generaciones que tuvieran acceso a esta obra, como puede interpretarse de las palabras de Plinio (nat. 35,11,1) al considerar esta innovación como un *benignissimum inuentum* y al propio Varrón como *inuentor muneris etiam diis inuidiosi*.

Se dice que el propio Varrón se habría deleitado también con tales ornatos —*imaginum amore flagrasse* (Plin. nat. 35,11,1)— y que estos no solo habrían provocado la admiración de muchos, según BRUNN (1858: 474), sino que habrían conseguido captar a ciertos imitadores,

como podrían corroborar algunos escritos sobre vidas de médicos hallados en Viena que datan del s. V d.C. y entre cuyas reliquias se han encontrado imágenes de Galeno y otras personalidades de la medicina, que aparecen, además, ordenadas por hebdómadas o grupos de siete en una disposición similar a la sugerida en la obra de Varrón por Plinio (*nat.* 35,11): *ne passus intercidere figuras*. A estas semejanzas se añade el hecho de que tanto médicos griegos como romanos eran dispuestos en las páginas de esta singular colección e biografías sin atender a su procedencia, un rasgo que, se sospecha, caracterizaría también la obra de Varrón, de la que se conocen al menos dos personalidades de origen bien diverso, Homero (Gell. 3,11,7) y Demetrio (Falereo? Non. 145,4 LINDSAY). Estas propiedades comunes no parecen, en efecto, fruto del azar, sino que podrían sugerir la idea de cierta imitación que, de haberse producido, indicaría que el ornato de las imágenes fuera el rasgo más característico y representativo de esta obra, hallándose seguidores de esta tendencia en un intervalo temporal en absoluto breve, un indicio, en definitiva, de que estas *imagines* no fueran en su día subestimadas.

Afirmar, sin embargo, que estas figuras ornamentales constituyeran el principal valor de la obra de Varrón y que a ellas correspondería el haber proporcionado a la obra su titulación verdadera, parece un tanto audaz. No faltan, en efecto, quienes hayan quitado valor a las tantas veces nombradas imágenes y que consideren estas como un rasgo anecdótico y sin más mérito que el de cualquier otro ornamento resultado de la gracia o talento de su autor: así ULRICH (1859: 606), quien no atribuyó demasiada prestancia o interés a esta peculiaridad de la obra ni ligó a estas apego alguno o especial predilección por parte de Varrón, una opinión que se ve fortalecida por lo que el carácter y la naturaleza de Varrón, su índole, revelan en otros lugares: no se trata de afirmar, empero, que nuestro autor descuidara el ornato y presentación de su obra, pero una personalidad como la suya, ejemplo de moderación, seriedad, formalidad, de *grauitas* romana, en definitiva, que no parece haberse permitido levedad o trivialidad alguna salvo en el seno de sus sátiras, difícilmente podría dejarse cautivar por tales gracias hasta el punto de titular mediante la referencia a las *imagines* una

obra de la dignidad de la que nos ocupa, consistente en la descripción de grandes personalidades de las letras grecorromanas.

Es por ello que consideramos *Imagines* como una denominación de la obra, nacida de la novedad inherente a estos peculiares ornamentos con que se adornaban las biografías escogidas, siendo el título propio, auténtico, genuino *Hebdomades*, con el que Varrón ilustraba, ya desde la titulación de la obra, las singulares propiedades de los números septenarios. Difícilmente, en efecto, podrían haber coincidido los comentaristas posteriores en la transmisión de un título como *Hebdomades*, creado a partir de una voz no tan corriente y con una relación con el contenido y esencia de la obra más sutil que *Imagines*: de los nueve testimonios hallados para esta obra entre las fuentes antiguas, son cinco los que difunden *Hebdomades* como inscripción y sin ningún género de duda o ambigüedad. El testimonio de Gelio arriba reproducido al referirse a la obra de Varrón es también revelador de aquello que pudo ser la motivación y esencia de estos libros, esto es, el poner de relieve las virtudes y potestades de los números septenarios. Señalaba MERCKLIN (1858: 466) que una suerte de συμμετρία respecto a los números septenarios dominaba toda la obra de Varrón y constituía su sustancia, condicionando la disposición de la materia y, en nuestra opinión, influyendo también en la propia titulación de la obra.

Pendiente de análisis quedaría una última y no poco discutida denominación atribuible a *Hebdomades*, tomada de una de las cartas que integran la correspondencia entre Cicerón y Ático (16,11,3). Dirige Cicerón a Ático las siguientes palabras: πεπλογραφίαν *Varronis tibi probari non moleste fero*, un testimonio que resulta singular y eminente por cuanto la voz griega πεπλογραφία no se registra en ningún otro lugar de las letras latinas; que las palabras de Cicerón puedan referirse a alguna obra de Varrón, en concreto a las *Hebdomades*, es un hecho para algunos estudiosos (DAHLMANN 1935: 1228): no es la única vez, en efecto, que Cicerón alude a alguna obra de nuestro autor mediante el uso de denominaciones más sutiles o eruditas, precisamente en griego (así para los *Logistorici*, a los que parece referirse como Ἡρακλειδεῖον: *Att.* 15,13,3; 16,2,3; 16,12,1).

Se trataría, por tanto, de averiguar si esta denominación πεπλογραφία es compatible y coherente con las *Hebdomades* de Varrón, y de serlo, cuál sería su origen y cuáles las razones por las que habría sido escogida por Cicerón. Con el fin de esbozar una respuesta a esta cuestión, recurrimos en primer lugar al origen y formación del término, derivado del griego πέπλος, para comprobar si pudiera tener alguna relación con la naturaleza de una obra como *Hebdomades*: nada, sin embargo, parecía relacionar tal voz con una de las características principales de la obra como era el ornato de las imágenes de los autores biografiados, a no ser que se considerara una sutil alusión a la vestimenta de aquellas figurillas. Caso de aceptar, además, esta relación y justificar con ella la denominación πεπλογραφία empleada por Cicerón, estaríamos afirmando de algún modo que esta característica de la obra de Varrón resultara la más destacable y representativa de la obra de Varrón, puesto que empleada hasta en tres ocasiones para referirse a la obra. Por otra parte, el propio BRUNN (1858: 475) habría destacado que las *images* de Varrón comprendían solo el busto y no toda la figura de la personalidad biografiada.

La relación, pues, entre la denominación πεπλογραφία y el título *Hebdomades* debía descansar en otras características, por lo que exploremos vías alternativas: una de las acepciones del término πέπλος es, en efecto, el de ‘hoja de papiro’ —‘sheet’ (LIDDELL & SCOTT 1996: 1363), significación que pusimos en relación con aquello que destacaban varios estudiosos de Varrón acerca de la distribución de la obra, es decir, que cada una de las biografías comprendidas en la obra ocupara una única hoja —«der Text der 700 ‘illustrium aliquo modo’, der wohl schwerlich 700 Blätter füllte» (BRUNN 1858: 473). De ello podría deducirse la denominación πεπλογραφία, que incidiría en esta peculiar característica externa de la obra, si bien no parecía del todo convincente que Cicerón estimara la obra varroniana como una suerte de ‘colección de hojas de papiro’. Lo que nos llevó a una última apreciación partiendo de cierta obra de Aristóteles denominada, al parecer, Πέπλος (fragm. 640 ROSE): ἱστορεῖ δέ ὁ αὐτός Πορφύριος καὶ ὅτι Ἀριστοτέλης σύγγραμμα πραγματευσάμενος, ὅπερ ἐκλήθη Πέπλος, γενεαλογίας ἡγεμόνων ἐξέθετο [...] καὶ ἐπιγράμματα εἰς αὐτούς, de

donde se desprende que, según narra Porfirio, Aristóteles habría descrito en aquella obra las genealogías de algunos generales acompañándolas de algunos epigramas sobre las personalidades biografiadas.

El título Πέπλος empleado por Aristóteles dio nombre a todo este género de obras (ZILLIACUS 1938: 25) y parecía haber sido evocado por Cicerón al referirse, también, a la obra de Varrón, una relación que aparece ya fuera de duda con la mención a los epigramas que ilustraban ambas obras (DELLA CORTE 1970: 191; MANZO 1976: 425). Tanto Varrón como Cicerón, en efecto, demostraron ser entusiastas lectores de Aristóteles con innúmeras menciones al autor y su obra —en Cicerón en *De finibus* (5,32; 5,53; 14,6, 14,26), *De inuentione* (1,61), *Orator* (127 y 172), *De oratore* (2,14; 2,38; 3,18) y *Topica*, obra que, precisamente, reconoce haber titulado según el ejemplo de Aristóteles (*top.* 2); en Varrón, por ejemplo, en *De lingua Latina* 7,3,27 y 8,4,1; *De re rustica* 1,1, 2,1 y 2,4 y en los fragmentos menipeos 128 y 543.

Esta concomitancia y vínculo de la obra varroniana con la aristotélica fue rechazada, sin embargo, de todo punto por JONES (1939: 148) para quien, en primer lugar, la carta de Cicerón habría sido escrita mucho antes —hacia el año 44 a. C.— que las propias *Hebdomades*, para las que se acepta como término *post quem* el año 39 a. C., según el testimonio del propio Varrón transmitido por Gelio (10,17); en segundo lugar, pues sospechaba que en la citada carta a Ático se tratara de las *Filípicas* del propio Cicerón, en las que aquel intentara, como consta, defender a Varrón de las injurias de Marco Antonio (Cic. *Phil.* 2,103–5), de forma que la πεπλογραφία referida por Cicerón no sería sino un elogio (así sería entendido el término πεπλογραφία) hacia Varrón, y no obra alguna a él atribuida —se dice, en efecto, en el testimonio de Cicerón, πεπλογραφίαν Varronis, construcción considerada de *genitivo objetivo*, esto es, «Varronem ipsum πεπλογραφεῖν» (DELLA CORTE 1970: 190), y no, por tanto, de *genitivo subjetivo*, es decir «Varrro ipse alios πεπλογραφεῖ». Pero algo dificulta la aceptación de esta argumentación, y es el hecho de que el término πεπλογραφία carece de testimonios griegos o romanos además de los atribuidos a Cicerón, por lo que resulta cuestionable poder atribuirle el sentido de ‘elogio’, ‘loa’ o ‘alabanza’. Una acepción que, de poder aceptarse sin ningún

género de duda, no dejaría de ser oscura y ambigua, y no aclararía esta peculiar denominación, al no explicar el hecho de que Cicerón “no se molestara”, según sus propias palabras (*Att.* 16,11,3), “porque a Ático le gustara (su) πεπλογραφία de Varrón”. Ciertamente es, sin embargo, que la relación de amistad entre ambos ha sido vehementemente cuestionada (KUMANIECKI 1962: 240; DELLA CORTE 1970: 89–103).

Pongamos el punto y final a esta ya larga explicación de la titulación varroniana *Hebdomades*, no sin destacar el enorme caudal de información que es posible obtener de las diversas denominaciones atribuidas tradicionalmente a una misma obra: así pues, mediante la titulación *Hebdomades* penetramos en los aspectos relativos a la disposición de la obra, mientras que la denominación *Imagines* nos informaba acerca de la novedad inherente al ornato de la obra; finalmente, el ciceroniano πεπλογραφία podría ilustrar que Varrón habría dependido en cierta medida de los modelos griegos, concretamente de Aristóteles, en la concepción de su obra.

Retomando lo relativo a la tipología de la titulación *Hebdomades*, puede destacarse entre sus características una marcada índole helénica, que reside no solo en la etimología y uso del término que da título a la obra, sino en la motivación de la misma a partir del ejemplo de Aristóteles. La titulación está impregnada asimismo de cierto vigor y solidez, al constar de un único y peculiar elemento; es, finalmente, reveladora del pensamiento del autor y su especial inclinación hacia los números septenarios —sobre el poder de estos números entre los romanos informa diligentemente GELMOSINO (1976: 388).

ii. De actis scænicis

Son cinco en total los testimonios antiguos que aportan algo de información acerca de la titulación varroniana *De actionibus scænicis*, en concreto los de Carisio (1,80; 1,95; 1,147 KEIL; fragmm. 82–4 FUNAIOLI) y Prisciano (2,204 KEIL; fragm. 85 FUNAIOLI), a los que puede añadirse el fragmento 86 de FUNAIOLI tomado de las reliquias de los libros *De dubio sermone* plinianos. Entre los citados testimonios puede apreciarse que la titulación predominante es *De actionibus scænicis*, frente a un testimonio de Carisio que prefiere el singular *De actione*

scænica, el cual, al diferir únicamente en el número gramatical, podría considerarse una desviación del título original motivada por la presencia en el contexto de la cita de elementos también en singular —*hæc galearia Varro de actione scænica*—, o incluso por la referencia a uno solo de los volúmenes que conformaban la obra —sobre el número de volúmenes de esta obra se ha discutido prolijamente; al tratarse, sin embargo, de una cuestión que atañe menos a nuestro principal objetivo, recomendamos la lectura del planteamiento de la cuestión en la obra de RITSCHL (1877: 457). *De actionibus scænicis*, por tanto, es considerada la inscripción *ofcial* de esta obra varroniana (POCIÑA 1975: 297). De estas variantes en la titulación distarían, sin embargo, los enunciados transmitidos por Jerónimo como títulos de Varrón, esto es *De scænicis actionibus* y *De actis scænicis*, lo que sugiere una más honda discusión acerca de la conveniencia e identidad de ambas denominaciones, si es que realmente existió, además de un análisis de las causas que llevaran a Jerónimo a citar de forma distinta una misma obra o, en caso contrario, acerca de cuáles fueran las posibles diferencias entre dos obras con denominación tan próxima.

Tratándose, empero, de *De scænicis actionibus*, la discusión puede enfocarse fácilmente al ser una variante del título que dista de éste únicamente en la disposición del orden de palabras, pudiendo corregirse y adaptarse su apariencia a la de la titulación mayormente transmitida, esto es, *De actionibus scænicis*. No se trata, sin embargo, del único caso en que se aprecian fluctuaciones en el orden de los elementos que componen la titulación en el catálogo de Jerónimo —caso del *De sua uita*, transmitido en otras fuentes como *De uita sua*— y podría considerarse un indicio de cierta oscilación o vacilación que Jerónimo hallara en las fuentes que empleó para reproducir su catálogo de Varrón: Jerónimo, en efecto, podría haber leído en sus materiales alguna explicación acerca de la variación o modificación del título de las obras, optando, en consecuencia, por alguna de aquellas variantes, sin remitir a la posible controversia hallada en las fuentes o rendir cuentas del porqué de su elección.

Algo más complicada parece la variante *De actis scænicis*, que ha sido considerada por SCHÖLL (1876: 470) la titulación de otra obra dis-

tinta y diversa del *De actionibus scænicis*, obra que se correspondería con el estudio de las propias representaciones teatrales —«dramatische Aufführungen», según SCHÖLL—, siendo, sin embargo, *De actis scænicis* un tratado acerca de los documentos y escritos producidos a la hora de poner en escena una obra teatral —«dramatische Urkunden». RISTCHL (1877: 457), por su parte, asume esta diferenciación entre las obras *De actionibus scænicis* y *De actis scænicis*, pero rechaza que la verdadera titulación de esta última sea *De actis scænicis* y lo corrige por *De actibus scænicis*, basándose en la no del todo inusual confusión en la declinación de sustantivos de distintos paradigmas, en este caso segunda y cuarta declinación —en otros, entra la segunda y la tercera declinación como en *poematis* (ling. 7,2) y *poematibus* (ling. 7,34) y que afectarían también a la titulación de alguna de las obras del autor (*De poematis*).

Esta diferenciación entre *De actionibus scænicis* y *De actis scænicis* es observada, ya entre los nuestros, por POCINHA (1975: 296–7), quien, habida cuenta de la diligencia y esmero que caracterizaron el temperamento investigador de Varrón reatino, defendía que los temas tratados por éste en sus libros estarían perfectamente acotados y definidos, y que esta precisión en el tratamiento de los argumentos se extendería de forma natural a los títulos escogidos para los distintos libros. Es decir, que si dos diversos títulos han sido transmitidos, *De actionibus scænicis* y *De actis scænicis*, resultaría precipitado y poco acorde a la doctrina y afán divulgador del autor que, reconvirtiendo en una ambas titulaciones, consideráramos estas dos distintas obras como si de una se tratase.

Esta nota minuciosa y precisa que caracteriza la labor investigadora e instructiva de Varrón es, a la luz de lo que podemos apreciar en sus títulos, muy destacada: pues consta, en efecto, que el autor tratara en obras distintas sobre los poetas y sus producciones, esto es, en *De poetis* y en *De poematis*; distintos fueron también los libros en que Varrón trató de las cosas del campo y de las medidas rústicas, así en *Rerum Rusticarum libri* y *De mensuris*, respectivamente; pareció bien al autor tratar en obras distintas sobre la lengua latina y sobre el buen y correcto uso del latín, distinción de la que nacieron las obras *De lingua Latina*

y *De sermone Latino*; finalmente, las instituciones y *realia* que conforman la vida de los romanos —sobre las que Varrón escribiera *De uita populi Romani*— fueron comprendidas en una obra distinta a aquella en la que el autor profundizaba en la estirpe romana y la formación de su carácter o idiosincrasia —argumento, al parecer, desarrollado en los libros *De gente populi Romani*. Es evidente, por tanto, la tendencia varroniana a la especialización y su natural inclinación a abordar con precisión las distintas facetas que en principio podrían caracterizar un mismo argumento o centro de interés principal: en el campo concreto de las representaciones teatrales, podemos comprobar que no sólo habrían existido los ya citados —y cuestionados— *De actionibus scænicis* y *De actis scænicis* sino un tercer y distinto libro fuera de debate, como es su *De originibus scænicis* (WEINRICH 1941: 100) del que hablaremos a continuación.



Estatua de Varrón en Rieti (Italia). Fotografía de la autora

En este caso, sin embargo, la diferenciación entre los términos *actio* y *actus* —esto es, la clave para poder postular dos obras distintas *De actionibus scænicis* y *De actis scænicis*—, no parece tan sólido como en los casos citados, ni tampoco puede corroborarse a partir de ningún testimonio antiguo que se tratara de obras distintas salvo la doble titulación aparecida en el catálogo de Jerónimo: sobre esta particular repetición, sin embargo, hemos expresado ya nuestra sospecha de que pueda explicarse postulando algún tipo de vacilación u oscilación sobre la verdadera titulación de la obra de Varrón que el autor empleado por Jerónimo como fuente pusiera por escrito en su obra. Una discusión, en todo caso, ignorada por Jerónimo, quien se habría limitado a reproducir las dos posibles opciones sin más explicaciones al respecto. El hecho, además, de que ambas denominaciones se hallen de forma consecutiva en el elenco de Jerónimo podría corroborar esta hipótesis acerca de los *lapsus* jeronimianos. Por todo ello consideramos atribuible a Varrón una única obra sobre las representaciones teatrales, y que el título de esta, según confirman la mayoría de testimonios, sería *De actionibus scænicis*.

iii. *De proprietate scriptorum*

Un nuevo debate parece abrirse cuando abordamos los pormenores del varroniano *De poetis*. La legitimidad de una obra, y un título, como *De poetis* aparece avalada por frecuentes testimonios como los de Gelio (1,24,3): *nisi a M. Varrone positum esset in libro de poetis I*, et *M. Varro primo de poetis libro; in libro de poetis primo; M. Varro in primo de poetis libro; M. Varro in libris de poetis primo; Varro in eodem libro I de poetis* (17,21), o Prisciano (2,469 KEIL): *Varro de poetis libro I*.

Varrón, tal y como demostrara en su día DAHLMANN en sus aportaciones a los varronianos *De poematis* (1953) y *De poetis* (1962), habría bebido de las fuentes griegas para desarrollar su particular *poética* latina, dividiendo, como aprendiera de aquellos, toda su investigación y análisis de la materia en dos grandes bloques que constituirían dos grandes obras, esto es, plasmando por una parte sus aportaciones acerca del *arte* en sí, y por otra las cuestiones relativas al *artífete* o poeta. Una división nada infrecuente en la tradición griega, como consta a partir de las obras de Aristóteles Περί ποιητικῆς y Περί ποιητῶν, Praxífanēs Περί

ποιητῶν γ Περί ποιημάτων, Heráclides Róntico Περί εὐρημάτων, Περί τῶν τριῶν τραγωδοποιῶν, Περί αὐλητῶν, Περί ποιητικῆς καὶ τῶν ποιημάτων, Panfilio Περί γραφικῆς καὶ ζωγράφων, Aristoxeno Περί αὐλητῶν γ Περί τραγωδοποιῶν (DAHLMANN 1962b: 6 y 26) y algunas más, en las que, por una parte, se trataban desde todo punto de vista las cuestiones relativas al producto literario o artístico y, por otra parte y separadamente, lo perteneciente al universo del autor, como nacimiento, desarrollo y auge de su actividad.

No es sorprendente tampoco que Varrón siguiera el ejemplo griego en este tipo de disquisiciones: consta, en efecto, que nuestro autor fue, junto con Accio, uno de los primeros eruditos romanos en publicar obras acerca de cuestiones *flológicas*, un campo de estudio en el que no podrían sino partir de la inveterada tradición griega en este tipo de investigaciones (HENDRICKSON 1898: 304; DAHLMANN 1953: 98): Varrón, al parecer, pretendía huir de los *ueteres commentarii* (Cic. fragm. 60 MALCOVATI), innovando al tratar cuestiones poco desarrolladas en las letras latinas como son las relativas a la *proprietas scriptorum*, un interés que no hizo sino acrecentarse en los escritores latinos a partir de entonces.

Y con esta noción de *proprietas* llegamos al asunto que nos ocupa, la existencia de una titulación varroniana como *De proprietate scriptorum* y la coincidencia de esta con el título, y obra, *De poetis*. Jerónimo, en efecto, había introducido en su catálogo el enunciado *De proprietate scriptorum*, del que también Nonio, en su *De compendiosa doctrina*, se había hecho eco —liquidó *rursus significat ‘mollem’ et ‘fluxum’ ut idem Varro de proprietate scriptorum* (527,4 LINDSAY). De los testimonios de estos, sin embargo, poca información podía obtenerse que aclarara el significado o voluntad del autor, de no ser por el siguiente fragmento de Gelio (6,14), considerado también tradicionalmente como una referencia a la obra *De proprietate scriptorum* de Varrón, si bien Gelio no aludía de forma clara a obra o título alguno: *uera autem et propria huiusmodi formarum exempla in Latina lingua M. Varro esse dicit ubertatis Pacuuium, gracilitatis Lucilium, mediocritatis Terentium*. La noción de *proprietas* parecía manifiesta a ojos de algunos estudiosos, para los que el vínculo con el título *De proprietate scriptorum* era también ob-

vio (LENOIR 1971: 160); para otros, sin embargo, las palabras de Gelio aludían a la obra *Περὶ χαρακτήρων* (RITSCHL 1877: 463); en nuestra opinión, finalmente, puede sugerirse una evocación al *De poetis* varroniano, siendo *De proprietate scriptorum* una denominación distinta de la misma obra.

Con el fin de dilucidar cuál de los enunciados arriba mencionados puede considerarse título y cuál denominación, revisemos la noción de *proprietas* a partir de los testimonios latinos y en el contexto de la obra y propósito de Varrón. Se trata de un término que aparece con frecuencia en las letras latinas a partir de Cicerón, quien habla ya en *Topica* (83) y *De partitione oratoria* (41) acerca de esta noción que define como *communium frequentia ex quibus proprium quid sit eluceat* (*part.* 41); también en Celso y sus libros *De Medicina* afluye esta noción con frecuencia, referida en ocasiones a las características concretas de las diferentes enfermedades (1, *præf.*), en otras a las necesidades peculiares del hombre (2,2,4), o las particularidades de determinados alimentos, bebidas (2,18,1) y medicamentos (5,21,1); advierte Columela sobre las singularidades de los campos y frutos (2,10,23; 3,21,8) empleando el mismo término *proprietas*, y Plinio sobre lo inherente e individual de los hombres y animales (1,32,9; 28,30,3).

La acepción del término, por tanto, no dista mucho de nuestra idea de ‘propiedad’ como ‘característica particular’, ‘atributo o rasgo peculiar’ o ‘carácter propio’, semejanza que parece extenderse también a los testimonios de gramáticos y filólogos que tratan el concepto que nos ocupa: habla Quintiliano en el prefacio de su *Institutio* de cierta *uerborum proprietas ac differentia* (*inst.* 1,17) atribuible a los escritores, esto es, aquellos cuyo oficio es tratar con la lengua y que usan este de una forma propia, individual, diferente unos de otros. Es opinión común que Varrón, siguiendo el ejemplo griego, trató en su *De poetis* una serie de nociones hasta ahora poco especuladas en la tradición latina (LENOIR 1971: 156); algunas de estas características, en efecto, atañían directamente al estilo y carácter particular de la dicción de los autores, como se desprende de este fragmento de Gelio (3,3,1) acerca del análisis y depuración varroniana de las comedias de Plauto: *moribus ingenii atque linguæ eius [...] flo et facetiæ sermonis adductus*. LENOIR

(1971: 159), por su parte, concede fiabilidad a las fuentes que tratan *De proprietate scriptorum* como una obra particular, esto es, Jerónimo y Nonio; sin embargo, uno y otro omiten la obra *De poetis*, cuya existencia se considera, como señalamos al comienzo de este capítulo, más que probada. Este *lapsus* respecto a la obra *De poetis* no parece casual, sino que podría explicarse a partir del hecho de que ambos escritores aludieran a uno de los aspectos fundamentales tratados en la obra. Ambas obras, por último, constan de tres volúmenes en las fuentes que las recogen, lo que podría indicar, en definitiva, que se tratara de la misma obra, siendo *De proprietate scriptorum* una denominación del *De poetis*.

Respecto al enunciado Περί χαρακτήρων (Char. 1,189 KEIL), considerado por RITSCHL (1877: 463) más apto o congruente con la noción lingüística de *proprietas*, nos parece también, siguiendo a BRICK (1962: 31), poder asimilarse a *De poetis* si partimos de la significación que parece tener en Varrón (*rust.* 3,2,17) este particular término griego: *nonne item L. Abuccius, homo, ut scitis, apprime doctus, cuius Luciliano caractere sunt libelli* —referido, como aparece manifiestamente en el fragmento, al estilo y forma peculiares de Lucilio. Consideramos por ello Περί χαρακτήρων una nueva denominación, conmemoración del argumento, referida a la obra *De poetis*.

iv. *De philosophia*

Que Varrón reatino pusiera por escrito los resultados de las investigaciones y meditaciones filosóficas que llevara a cabo, es una información que deducimos por la noticia, llegada hasta nosotros, de dos diversas denominaciones de tratados filosóficos como son *De philosophia* y *De forma philosophiæ*. Se dice que autores como Macrobio y Servio (KRAHNER 1846: 2) pudieron haber tomado un importante caudal de información de estos libros, pero estos son citados únicamente por Carisio (1,103 KEIL) y Jerónimo en su catálogo. Ambos aluden a una titulación varroniana *De forma philosophiæ*, pero San Agustín, uno de los mayores deudores de la obra filosófica de Varrón, a juzgar por las innúmeras citas que afluyen en los libros *De ciuitate dei*, menciona el tratado *De philosophia* (*ciu.* 19,1,1): *Marcus Varro in libro de philosophia*. La cuestión es averiguar si se trató de obras distintas y por ello dos tí-

tulos diversos han llegado hasta nosotros, o si los tres testimonios que avalan a Varrón como crítico filosófico son atribuibles a la misma obra, transmitida esta, como en tantos casos, bajo denominaciones distintas.

Las conjeturas de los estudiosos al respecto son dispares: KRAHNER (1846: 3) y RITSCHL (1877: 442) consideraron en su momento que se trataba en ambos casos de una referencia velada a los *Logistorici*, algunos de los cuales eran evocados por Agustín, como el *Curio de cultu deorum* (*ciu.* 7,34), o incluso una alusión a la sátira menipea Περίπλους cuyo libro segundo había sido dotado por la tradición con el subtítulo Πεὶ φιλοσοφίας. En efecto, se creía menos en la existencia de alguna obra en la que Varrón se hubiese consagrado de forma metódica y exclusiva a la filosofía como disciplina, por así decir, académica, una opinión que se debía en gran parte a comentarios como los de Cicerón en sus *Academica* (1,9): *philosophiam multis in locis incohasti, ad impellendum satis, ad edocendum parum*. Este era, en efecto, el principal propósito de las *Menipeas* o los *Logistorici*, suscitar entre el vulgo el interés por la meditación y el ejercicio del pensamiento (LEHMANN 2010: 39). El propio Varrón parece reconocerlo entre los fragmentos menipeos (fragm. 218): *uos qui in theatro qui uoluptatem auribus/ huc aucupatum concurristis domo,/ adeste et ad me quæ feram cognoscite/ domum ut feratis ex theatro litteras*.

El carácter de estas obras, además, tendía al σπουδαιογέλοιον o tratamiento de los temas más graves y severos mediante la risa, el ridículo y la broma (MRAS 1914: 391–420; PAVANETTO 1997: 141), un carácter festivo que del todo resultaba incongruente con las declaraciones de Agustín (*ciu.* 19,1,3) sobre el tratado filosófico de Varrón, en las que aseguraba que nuestro autor *tam multam dogmatum uarietatem diligenter atque subtiliter scrutatum esse*. El testimonio de Agustín, en efecto, situaba a Varrón como esmerado estudioso de las corrientes filosóficas de su tiempo, lo que explicaría también por qué Suetonio, en sus vidas ilustres, enumerara a Varrón como filósofo, además de poeta (fragm. 83 REIFFERSCHIED), y no como gramático, si bien sobre este particular han de tenerse en cuenta las conclusiones de VELAZA (1993: 40). Por lo que a Varrón respecta, su faceta filosófica es reconocida por los eruditos de nuestro tiempo, así BOISSIER (1861: 112), quien consideró como

pertenecientes a dos tratados y diversos las titulaciones *De philosophia* y *De forma philosophiæ*, y también CHAPPUIS (1868: 63) quien, por el contrario, creyó más razonable que se tratara de una única obra, reduciendo a una las dos titulaciones transmitidas por las fuentes antiguas.

De estas denominaciones, en efecto, una sería considerada la verdadera titulación de la obra, y otra una mera conmemoración del principal, y único, argumento de la obra: para CHAPPUIS (1868: 63) quedaba fuera de toda duda que la obra filosófica de Varrón fuera intitulada *De forma philosophiæ*, una deducción que llevó a cabo basándose en no pocos testimonios varronianos del *De lingua Latina* en los que Varrón parecía emplear el término *forma* cuando su intención era la de profundizar de forma más sistemática y precisa en alguna de las cuestiones gramaticales o lingüísticas objeto de su estudio, y examinar estas desde sus principios o fundamentos. Así, habla Varrón de *forma etymologiæ* (ling. 7,7) cuando se dispone a analizar el fenómeno de la etimología desde sus cimientos; anuncia la *similitudinum forma* (ling. 8,24) para referirse a la analogía y considerarla en profundidad; por último, para referirse al fenómeno de la anomalía en el libro décimo, expone su propósito en los siguientes términos: *quod nec fundamenta ut debuit posita a ullo, neque ordo ac natura ut res postulat explicita, ipse eius rei formam exponam* (ling. 10,1).

Todo parece indicar que, puesto que Varrón, según San Agustín, se había propuesto estudiar en profundidad las diferentes corrientes de pensamiento filosófico de su tiempo, un título *De forma philosophiæ* se considere más apto, por ser más concreto y específico, que un impreciso *De philosophia* —TRAPÈ (1976: 561) es, sin embargo, de la opinión contraria. Añade por último CHAPPUIS (1868: 63) que si Agustín, excelente conocedor de la obra filosófica de Varrón, menciona la variante *De philosophia*, es por haberse referido a uno de los tres volúmenes de que constara el tratado completo, en concreto a aquel en que se abordaban las cuestiones relativas a la filosofía moral, parte a la que Varrón consagraría más esfuerzos y dedicación y que sería preeminente en su obra.

Varrón se habría presentado en este tratado no como filósofo, que esboza las líneas de su propio pensamiento o sistema, sino como estudio-

so o historiador de la filosofía (MARCOS 2004: 143), y buen conocedor, como no, de sus beneficios para el hombre, una faceta de nuestro autor con la que encajarían a la perfección los testimonios de Cicerón y Agustín al respecto del *Varrón flosófto*. El título de este tratado, en definitiva, parece confirmarse como *De forma philosophiæ* gracias a la comparación con otros lugares del propio autor que revelan las claves de su raciocinio y dejan atisbar una tendencia concreta en la titulación de sus obras.

v. *De comædiis Plautinis*

Las llamadas *Quæstiones Plautinæ* de Varrón son referidas, además de por San Jerónimo en el catálogo de las obras varronianas —*libri V Quæstionum Plautinarum*—, por Nonio (2,9,13 LINDSAY) y Diomedes (1,485 KEIL). La fiabilidad, por tanto, de tal titulación, no es cuestionada por los estudiosos, pero sí lo es, sin embargo, un posible tratado *de comædiis Plautinis* citado por Gelio (3,3,9), que podría haber formado parte de las cuestiones plautinas (DELLA CORTE 1970: 257), o por el contrario considerarse un opúsculo diferente e independiente a este (RITSCHL 1877: 456; DAHLMANN 1935: 1225; POCIÑA 1975: 293). El hecho de que en los fragmentos conservados de las *Quæstiones Plautinæ* se recojan las explicaciones varronianas de las voces *amussis* —en la mención de Nonio *est æquamen, leuamentum, id est apud fabros tabula quædam qua utuntur ad saxa coagmentata*— y *satura* —en la de Diomedes: *est uua passa et polenta et nuclei pini ex mulso consparsi*—, es considerado por algunos un indicio claro de que en esta obra Varrón se limitara a tratar únicamente las cuestiones relativas al estilo y *genus dicendi* plautino, siendo toda la discusión acerca de la autenticidad de las comedias plautinas —labor de diferenciación llevada a cabo por Varrón— el principal argumento sobre el que girara el tratado *de commædiis Plautinis* (POCIÑA 1975: 293).

Varrón, en efecto, es considerado uno de los precursores de la ciencia filológica en la tradición latina, siguiendo la estela de Accio y sus aristotélicos *Didascalía* (HENDRICKSON 1898: 304; D'ANNA 1956: 75), esto es, partiendo de los modelos griegos que aventajaban a los romanos en el campo del estudio literario; la lectura de los estoicos desempeñaría asimismo un no poco importante papel en la formación de

nuestro autor, como él mismo reconoce (*ling.* 5,1,9), destacando entre los representantes de esta filolofía el nombre de Crates de Malos (*ling.* 8,36,1; 9,1,1), quien compuso todo un tratado acerca de la comedia —Περὶ κωμωδίας (HENDRICKSON 1898: 286)—, fuente de la que Varrón pudo haber forjado su *De comædiis Plautinis*. Parece cosa demostrada que Varrón imitara innúmeras titulaciones griegas, especialmente al tratarse del estudio metódico de distintas disciplinas con amplia tradición en las letras griegas y poco o menos cultivadas entre los romanos.

No tendríamos, por tanto, nada que objetar a la existencia y fidelidad de un tratado como el *De comædis Plautinis* si no tuviéramos conocimiento de hasta tres obras varronianas que versaran ya sobre Plauto y su producción, esto es, *Quæstiones Plautinæ*, *De comædiis Plautinis* y *De poetis*. El material plautino, en efecto, el genio de su autor y la necesidad de purga del elenco de sus obras en tiempos de Varrón bien habrían despertado el interés de eruditos y expertos en literatura; es nuestro autor, asimismo, un talento entregado a las letras y que abarcó en su dedicación los más variados asuntos de forma siempre diligente y precisa, y especialmente todo lo relativo a Plauto a quien, se dice, era capaz de recitar de memoria (KLOTZ 1944: 18); no obstante, haber dedicado a un mismo argumento y autor tal número de volúmenes —cinco libros constituían las *Quæstiones Plautinæ*, según el testimonio de Jerónimo, a los que se sumaría al menos uno del citado por Gelio *de comædiis Plautinis* y cuanto Varrón quisiera dedicar a la cosa plautina en sus tres libros *De poetis*— parece rozar el límite de lo inverosímil, más aún cuando el testimonio de Gelio no resulta tan preciso como para que la expresión *de comædiis Plautinis* pueda considerarse una auténtica y genuina titulación varroniana: pudo tratarse, en efecto, de una forma de referirse a la obra *Quæstiones Plautinæ* mediante la conmemoración de uno de los principales argumentos allí tratados.

Señala POCIÑA (1975: 294), que las voces *amussis* y *satura* pertenecientes a las *Quæstiones Plautinæ* y recordadas por los gramáticos no se encuentren entre los restos de las comedias de Plauto conservadas, podría confirmar que Varrón tratara en las *Quæstiones* asuntos ajenos a la verificación de las auténticas comedias de Plauto, que serían lógi-

camente abordados en el *De comædiis Plautinis* recordado por Gelio. Basándonos, sin embargo, en los criterios orientativos para identificar una titulación señalados anteriormente, esto es, preeminencia de autores técnicos tales como gramáticos y de aquellas titulaciones complejas y no reducibles a una mera paráfrasis del contenido, nos parece más apropiado autentificar una titulación como las *Quæstiones Plautinæ*, capaz de comprender todos los asuntos relativos a Plauto y su obra. El tipo de titulación no es además ajeno al estilo varroniano y recuerda a otros títulos análogos contruidos a partir de voces genéricas y universales, tales como *res* o *quæstio*, que se ven después determinadas por algún adjetivo revelador del argumento de la obra, como el *Plautinæ* que nos ocupa o los *rusticæ*, *diuinæ* o *urbanæ* de otras obras. Por lo que respecta a los términos *amussis* et *satura* y al hecho de que no se hallen entre los diálogos de las comedias plautinas conservadas, puede explicarse por la especial tendencia varroniana a introducir cuestiones lingüísticas, léxicas y gramaticales, en obras no especializadas, de lo que se tienen ejemplos manifestos en *rust.* 1,2,1; 1,9; 1,17,1; 3,1,6 o *Men.* fragmm. 3, 61, 179, 213, 398, 541, 575.

vi. *De compositione saturarum*

Nonio Marcelo (67,16 LINDSAY) es el único testigo de la existencia de un tratado *De compositione saturarum* cuya autenticidad resulta, a nuestro parecer, más que dudosa. Si tenemos en cuenta, en efecto, que el género literario latino que llamamos *sátira*, a pesar de haber sido cultivado desde la edad más temprana de la literatura latina, no parece ser nombrado de forma regular y sistematizada como tal antes de Quintiliano (HENDRICKSON 1911: 331), resultaría difícil de sostener que Varrón, al escribir ‘sobre la composición de las sátiras’, disertara acerca del tipo de producto literario, mezcla de verso y prosa y de carácter jocosos y crítico que, con el paso del tiempo, acabaría siendo denominado *sátira*, sino más bien sobre la naturaleza y forma de las primeras composiciones cómicas en Roma. El propio Livio revela, en efecto, que tal era el nombre que aquellas primeras fábulas dramáticas recibieron en Roma: *impletas modis saturas descripto iam ad tibicinem cantu motuque congruenti peragebant [...]* *Liuius post aliquot annis, qui*

ab saturis ausus est primus argumento fabulam serere, idem scilicet —id quod omnes tum erant— suorum carminum actor, dicitur (7,1,2).

No hemos de olvidar, por otra parte, que Varrón es considerado junto con Accio uno de los primeros *flólogos* romanos, y que ambos debieron ser la fuente de la que Livio tomara sus informaciones acerca de los orígenes de la comedia (HENDRICKSON 1898: 288), por lo que nos parece poder afirmar, por una parte, que *de compositione saturarum* no versara sobre el ulterior género satírico que los romanos presumirán haber inventado, sino a las propias y originarias *fabulas scaenicas* —en todo caso, en la actualidad es opinión común que ambos géneros literarios tuvieran los mismos orígenes (BAIER 1997: 126); en segundo lugar que, puesto que *de compositione saturarum* habría tratado sobre el primitivo estadio de la comedia en Roma, es posible vincular este, como argumento o capítulo menor, a una obra mayor como *De originibus scaenicis* en la que Varrón tratara sobre el origen y principios de esta institución en Roma (POCIÑA 1975: 295–6) —el término *origo* parece equiparable en las titulaciones varronianas al griego αἴτιον ‘causa – motivo’ y comprender algo más que el mero relato histórico de los acontecimientos, penetrando en la investigación de las causas y motivaciones—, y que se encuentra avalada por numerosos testimonios antiguos como los de Censorino *De die natali* (17,8; fragm. 70 FUNAIOLI): *Varro de scaenicis originibus libro primo ita scriptum reliquit*; Carisio (1,107 bis; 1,127; 1,80 KEIL = fragmm. 71, 72, 74 et 76 FUNAIOLI): *Varro de scaenicis originibus* y (1,120; 1,128 KEIL; fragm. 23 FUNAIOLI): *Varro de originibus scaenicis*; el propio Nonio (196, 8 LINDSAY = fragm. 75 FUNAIOLI): *De scaenicis originibus*, e incluso San Jerónimo, corregido su *De originibus saeculi* del catálogo y asimilado a los testimonios de los gramáticos (RITSCHL 1877: 455). Finalmente, la fluctuación registrada entre *De scaenicis originibus* y *De originibus scaenicis* en los fragmentos de los gramáticos puede ser atribuida a la propia precisión y especialización del argumento que el título denota y que con una y otra lectura se mantiene exacto, determinado, inmutable: el adjetivo *scaenicum* es, en efecto, suficientemente concreto y específico como para no dar lugar a interpretaciones erróneas.

REFERENCIAS

AX Wolfram, *Lateinische Lehrer Europas: fünfzehn Portraits von Varro bis Erasmus von Rotterdam*, Böhlau, Köln 2005.

BAIER Thomas, *Werk und Wirkung Varros im Spiegel seiner Zeitgenossen von Cicero bis Ovid*, Franz Steiner Verlag, Stuttgart 1997; «Varrone tra analogia e anomalia», *Papers on Gramar VI* = G. Calboli (ed.), Clueb, Bologna 2001, 1–19.

BRINK C.O., «Horace und Varro», *Varron, six exposés et discussions*, Fondation Hardt, Vandoeuvre–Genève 1962, 173–201.

BOISSIER Gaston, *Études sur la uie et les ouvrages de M. T. Varron*, Hachette, Paris 1861.

BRUNN Heinrich, «Zur Varros *Imagines*», *Rheinisches Museum für klassische Philologie*, XIII (1858) 413–473.

CHAPPUIS Charles, *Sentences de M. Terentius Varro et liste de ses ouvrages d'après différents manuscrits*, Auguste Durand, Paris 1856; *Fragments des ouvrages de M. Terentius Varron intitulés Logistorici, Hebdomades vel De imaginibus, De forma philosophiae*, Hachette, Paris 1868.

D'ANNA Giovanni, «Le *res Plautinae* in Stilone e in Varrone», *Maia*, VIII.1 (1956) 72–76.

DAHLMANN Hellfried (1935), «M. Terentius Varro», *R.E. supp.* VI, coll. 1173–1276; *Varros Schrift 'De poematis' und die hellenistisch–römische Poetik*, Wiesbaden 1953; *Studien zu Varro 'De poetis'*, Wiesbaden 1962; «Zu Varros Litteraturforschung besonders in *De poetis*», *Varron, six exposés et discussions*, Fondation Hardt, Vandoeuvres–Genève 1962b, 1–21.

DELLA CORTE Francesco, *Il terzo gran lume romano*, Nuova Italia, Firenze 1970.

FLINTOFF Everard, «Varro in the works of John of Lydia», *Atti del Congresso Internazionale di Studi Varroniani*, Centro di Studi Varroniani, Rieti 1976, 360–365.

FUNAIOLI Hyginus, *Grammaticæ Romanæ fragmenta*, Teubner, Leipzig 1907.

GARZETTI Albino, «Varrone nel suo tempo», *Atti del Congresso Internazionale di studi Varroniani*, Centro di Studi Varroniani, Rieti 1976, 91–110.

GELMOSINO Remo, «Varrone e il sette colli di Roma», *Atti del Congresso Internazionale di studi Varroniani*, Centro di Studi Varroniani, Rieti 1976, 379–388.

HENDRICKSON G.L., «A pre-Varronian chapter of Roman Literary History», *The American Journal of Philology*, XIX (1898) 285–311; «The provenance of Jerome's catalogue of Varro's works», *Hermes*, XLVI (1911) 334–43.

HENRIKSSON Karl-Erik, *Griechische Büchertitel in der Römischen Literatur*, Annales Academiæ Scientiarum Fennicæ, Helsinki 1956.

JONES J. Henry, «Πεπλογραφίαν Varronis tibi probari non moleste fero», *Classical Philology*, XXXIV.2 (1939) 148–149.

KEIL Henricus, *Grammatici Latini*, Olms, Hildesheim 1981 reed. [= 1855–1880], VIII voll.

KLOTZ Alfred, «Der Katalog der varronischen Schriften», *Hermes*, XLVI (1911) 1–17; «Die Plautuscitate Varros», *Philologus*, XCVI (1944) 18–27.

KRAHNER L., *De Varronis philosophia*, Nabu Press, Neubrandenburg 2010 [= 1846].

KUMANIECKI Kazimierz, «Cicerone et Varrone, storia di una conoscenza», *Athenæum*, XL (1962) 221–243.

LEHMANN Aude, «Varron lecteur d'Ennius», *Les Études Classiques*, LXV (1997) 3–24.

LEHMANN Aude & LEHMANN Yves, «The power of rhetoric and the rhetoric of power in Varro's writings», *US-China Foreign Language*, VIII (2010) 38–43.

LENOIR G., «À propos de Varron, critique littéraire: la notion de *proprietas*», *Révue des Études Latines*, IL (1971) 155–161.

LINDSAY William, *Nonius Marcellus de compendiosa doctrina*, Teubner, Leipzig 1903.

MALCOVATI E., *Oratorum Romanorum fragmenta liberæ rei publicæ*, Paravia, Torino 1959; *Imperatoris Cæsaris Augusti operum fragmenta*, Paravia, Torino 1962.

MALTBY Robert, «Greek in Varro», *Papers on Grammar* = G. Calboli (ed.), Clueb, Bologna 2001, 192–210.

MANZO Antonio, «Spunti di storia dell'arte e di critica d'arte in Varrone», *Atti del Congresso Internazionali di Studi Varroniani*, Centro di Studi Varroniani, Rieti 1976, 415–428.

MARCOS Manuel Antonio, «La religión romana arcaica en los anticuarios del s. I d.C.», *Estudios Humanísticos*, XXVI (2004) 115–153.

MATHEEUSSEN Constant, «L'emploi de Varron dans la *Restauratio linguæ Latinæ*», *Atti del Congresso Internazionali di Studi Varroniani*, Centro di Studi Varroniani, Rieti 1976, 429–435.

MERCKLIN Lucien, «Aetia des Varro», *Philologus*, III (1848) 267–277; «Zu Varros *Imagines*», *Rheinisches Museum für klassische Philologie*, XIII (1858) 460–471.

MRAS Karl, «Varros Menippeische Satiren und die Philosophie», *Neue Jahrbücher für das klassische Altertum Geschichte und Deutsche Literatur*, XXIII (1914) 390–420.

NACHMANSON Ernst, *Der Griechische Büchertitel*, Elanders Boktryckeri Aktiebolag, Göteborg 1941.

PAVANETTO Cletus, *Græcarum litterarum institutiones*, Las, Roma 1997.

POCIÑA Andrés, «Varrón y el teatro latino», *Durius*, III (1975) 291–321

REIFFERSCHIED Augustus, *C. Suetoni Tranquilli præter Cæsarum libros reliquiæ*, Teubner, Leipzig 1859.

RITSCHL Friedrich, *Kleine philologische Schriften*, Teubner, Leipzig 1877, voll III.

ROSE Valentinus, *Aristotelis quæ ferebantur librorum fragmenta*, Teubner, Leipzig 1863.

SALLMANN Klaus, «M. Varro quid ad ad medicinam contulerit», *Atti del Congresso Internazionale di Studi Varroniani*, Centro di Studi Varroniani, Rieti 1976, 507–513.

SALVADORE Marcello, «Varro *De uita populi Romani*», *Rivista di Filologia e di Istruzione Classica*, CVI (1978) 287–290;

SÁNCHEZ Luis Ángel, «El componente lexicográfico del *De lingua Latina* de Varrón», *Anales de Filología Clásica*, XXVI (2013) 95–106.

SCHMIDT Moritz, «Zu Varro's *Hebdomades*», *Rheinisches Museum für Klassische Philologie*, XX (1865) 298–299.

SCHÖLL Fritz, «Varro und die römischen *Didaskalien*», *Rheinisches Museum für klassische Philologie*, XXXI (1876) 469–71.

TRAGLIA Antonio, «Dottrine etimologiche e etimologie varroniane con particolare riguardo al linguaggio poetico», *Varron, six exposés et discussions*, Fondation Hardt, Vadoeuvres–Genève 1962, 33–79.

TRAPÈ Agostino, «Augustinus et Varro», *Atti del Congresso Internazionale di Studi Varroniani*, Centro di Studi Varroniani, Rieti 1976, 552–563.

VELAZA Javier, «Elementos para una cronología literaria de Suetonio», *Revista de Estudios Clásicos*, XXIII (1993) 37–50; «*Insece*: problemas de edición de textos fragmentarios», *Revue de Philologie*, LXXII.2 (1998) 259–268.

WASZINK Jan H., «Varrone nella letteratura Cristiana dei primi secoli», *Atti del Congresso Internazionale di Studi Varroniani*, Centro di Studi Varroniani, Rieti 1976, 208–223.

WEINRICH Otto, «Varro und die Geschichte des *Pantomimus*», *Hermes*, LXXVI (1941) 96–100.

ZILLIACUS Henrik, «Boktiteln i antik litteratur», *Eranos*, XXXVI (1938) 1–41.